

Sainz de Baranda sonaba al vulgo con dejo aristocrático, y quien por entero se había dado á la causa de la democracia, mal podía consentir en que de ella lo apartara el uso de unas cuantas letras más en su apellido. El sabía de donde venía, y sabía á donde iba: venía de la gloria, que es su padre, é iba por el camino del honor, á la inmortalidad donde su padre vive.

Fiel trasunto de las virtudes de su abuelo, ni le engrió la prosperidad, ni los reveses le amilanaron. Como las almas superiores, sentíase por encima de los caprichos de la suerte, y á todos los vientos sonreía, ya que trajeran en sus alas el rayo que extermina, ora las embriagueses de la felicidad. La Fortuna no alcanzó el triunfo de burlarlo: que si plácido y contento lo contempló gobernando pueblos, no lo encontró ceñudo cuando, retraído en un rincón de México, rodeado de unos cuantos amigos de desgracia, parecía como si no hubiera sido parte en los trascendentales acontecimientos recién consumados. Avezado á todas las vicisitudes de la vida, era el mismo en su puesto de combate, frente al cañón enemigo, que absorto en sus éxtasis poéticos, contemplando el tumulto de las aborregadas olas de Lerma, desbaratándose en la playa en vellones de espuma.

Fué casi un estóico: faltóle para serlo verdadero poner semblante adusto á los goces del vivir y buscar las torturas para hacer gala de superarlas. Su estoicismo consistió en la imperturbable conformidad con que acogía los sucesos de la vida, vinieran como vinieran.

¿Tuvo enemigos? No es la hora de inquirirlo. Sería sí fenómeno por todo extremo sorprendente que se hubiera contado exento de malquerencias

quien vivió todo linaje de actividades cívicas, en el acento más enérgico de que son susceptibles; quien militó bajo las banderas de parcialidades políticas en conflicto; quien hizo pública profesión de convicciones y sentimientos; quien cohibió ambiciones y aplastó alevosías. Milagro fuera que un hombre así no se suscitara rencores. En cambio, ¿quién, en presencia de los homenajes que muerto se le tributan aquí y en Yucatán y en Campeche y en la República entera, osaría poner en duda que dejó por todas partes amistades y adhesiones?

Precisamente lo que más caracterizó su temperamento fué la manifestación casi explosiva de sus afecciones ó antipatías. Para el que se ganaba aquellas, su cariño llegaba hasta el enternecimiento, que se dilataba por su semblante y se vertía en el efluvio acariciador de su mirada; mas ¡ay! del que provocara sus iras: era el relámpago en sus pupilas, la cólera en los contraídos músculos del rostro, el oprobioso denuesto en su trémula boca. Por eso fué querido y temido; que como la abeja, atesoraba miel sabrosa para sus amigos; en tanto que reservaba á sus adversarios el emponzoñado agujón.

No, no fué, Señores, de los que á las energías del odio responden con la altiveza del desdén. En ese punto, practicaba la máxima del ojo por ojo y diente por diente. Mas nunca hirió al enemigo rendido; rëndírsele era desarmarlo por completo, era convertirlo de súbito en el amigo más apasionado. Las almas generosas no se mueven de otro modo.

Delicado hasta la nimiedad, correcto hasta el atildamiento, celó su personalidad de todo conato de agresión que pudiera desestimarla, y el punto

de honor fué para él ley de imperdonable observancia, á la que pagó acatamiento más veces, acaso, de las que la justa necesidad reclamaba.

Las agitaciones en que discurrió su juventud no le dieron tiempo de atender á los reclamos de su corazón sensible y amante de lo bello; mas tuvo la fortuna de no verse privado de saborear los intensos egoismos de la paternidad, en sus formas más acentuadas: saboreólas en el amor que profesó al hermano encomendado á su guarda y en el amor á los hijos de ese hermano, que crecieron al vivífico calor de sus caricias.



Señores: Todo perece; las ruinas mismas no están exentas de tan desconsolador destino, *Etiam periere ruinae*, dijo el poeta; la obra del hombre como la de Dios. Pereció el Parthenón, maravilla del creador genio griego, y esos soles, hoy rutilantes y deslumbradores, eterna juventud de los cielos, rodarán á su tiempo, cual inmensos carbones apagados, por los abismos del tenebroso espacio.

Todo perece: nuestra personalidad misma, conciencia del ser, vive muriendo: "el tiempo, dice Pascal, amortigua nuestras aflicciones y querellas, porque cambiamos y llegamos á ser como otra persona." ¿Será, pues, la nada nuestro postrer destino?.....

No, Señores, mil veces no; que lo contradictorio fuera entonces posible; que el ser y el no ser podrían verse confundidos en un punto dado y en una pura negación. No, Señores; eso sería la ve-

rificación del absurdo. Perezcan las formas, desvanézcense las apariencias; pero el hombre, esto del hombre por lo que vive en el pasado y se asocia al porvenir; esa facultad inmanente por la cual se siente vivir aun fuera de sí mismo, en todos los espacios, y en todos los tiempos, eso, alma ó célula, no importa el nombre, eso no perece, eso no muere. Y si el hombre tuviera por suerte definitiva el aniquilamiento, ¿qué sería entonces Dios?.....

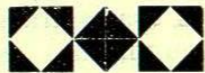
Vano fantasma flotante entre dos abismos: el olvido y lo ignorado.

No; la idea del perecimiento completo no cabe en nuestra concepción, y ni siquiera nos conformamos con el parcial, la muerte en la memoria. Contra ella nos revelamos, y por cuantos medios puso la naturaleza á nuestro alcance, por cuantas manifestaciones ó maneras de ser tiene la vida, ansiamos sobrevivirnos, ansiamos que sobreviva cuanto amamos y cuanto consideramos digno de no dejar de vivir. Y esa aspiración intensa, honda, permanente y fecunda del espíritu humano, ha creado el libro que resucita, el monumento que perpetúa, la estatua que inmortaliza, la apoteosis que deifica.

Libro, monumento, estatua y apoteosis halle en la gratitud de sus compatriotas el General Pedro Baranda, para que el culto de su memoria sea perenne inspiración de honor y patriotismo.

Pálido, incorrecto, desprovisto de interés, lo comprendo, Señores, es el relato de los merecimientos que del preclaro varón á quien estos honores póstumos consagramos, acaba de haceros mi lengua torpe y balbuciente; otros, por fortuna, han sabido colmar nuestros votos. Mas yo os digo que

hay un elogio con mucho superior al que el mayor de los oradores pudiera pronunciar; elogio que está al alcance de todos, que cada ciudadano puede realizar en la medida de sus fuerzas, ¿en qué manera? Imitando las virtudes cívicas del ilustre difunto.



ODX.